

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

523

25
Cts

JUAN TORENA

LYA TORA

A MEDIA NOCHE

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año X

BARCELONA

N.º 523

A media noche

Interesante comedia dramática, hablada en
español e interpretada magistralmente por

Juan Torena y Lya Tora



Es un film FOX

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
WARNER BAXTER

Prohibida la
reproducción

Tipografía - Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

A media noche

Argumento de la película

La mujer se volvió.

Aun oprimían sus manos el aparato telefónico en el que contestara no llamarse señora Martín, sino Dora Alvarez.

Y el recién llegado—un joven de mirada extraviada—repitió:

—¡Suelte eso!

La mujer se limitó a lanzar una exclamación, pero conservó todavía el aparato entre las manos.

Esta vez el intruso, ordenó perentoriamente:

—¡Deje ese teléfono!

—¿Cómo se atreve usted a entrar aquí?—preguntó ella a su vez, con altivez.

El hombre vaciló. Aun cuando apenas imperceptiblemente, su voz suavizóse algo al requerir por cuarta vez:

—¡Silencio!... Y retírese del teléfono, ¿me entiende?

Dora le atendió por fin. Era guapo el hombre, advirtió. Y también que algo muy grave tenía que acontecerle para que se comportara tan bruscamente. Su sensibilidad femenina le decía que no era aquella la manera de obrar corriente en él.

—¿Qué hace usted aquí?—inquirió de nuevo, pero bajando la voz.

El hombre prestó atención a algo lejano que llegaba claramente a sus oídos entre la barandina ciudadana.

—¿Oye usted algo?—explicó—. Es la policía. Me persiguen...

Luego, como justificando su actitud brusca de antes, añadió:

—Tenía que esconderme en algún sitio y... Siento haberla asustado, señorita, señorita... señorita Alvarez.

También él se había dado cuenta de que su interlocutora era linda, quizá más que esto. Pero quizá fuera debida su apreciación al hecho de que ella iba muy ligera de ropa.

Un silencio pesaba entre ambos, que el hombre rompió con brusquedad:

—¡Vamos!... Póngase alguna ropa encima.

—¿Conque ladrón y caballero, eh?

—¿A dónde conduce esta puerta?—preguntó el joven con sequedad.

—Es el guardarropa.

—Bien está—convino el hombre abriendo la puerta—. ¡Métase ahí dentro! ¡Vamos!... Pronto.

Dora avanzó algunos pasos. Estaba un poco atemorizada. Ya no le cabía duda de que el hombre era un criminal.

—Sí—conformóse—. Pero... me voy a asfixiar... Y además, ¿quién me saca de ahí después?

—He de ser prevenido, señorita—explicó el intruso, con algo de impaciencia—. Y tengo tantos deseos de salir de aquí como usted de que yo me vaya.

—¿Y si yo le prometiera no pedir auxilio?

El vaciló. Negó, sin embargo, al decir:

—Quisiera poder complacerla, se lo aseguro... Pero...

Dora Alvarez sentíase ganada por la simpatía del hombre. Era agradable. ¿Qué le estaría sucediendo? Y de pronto se estremeció. Había dado cuenta de algo que en un principio le pasara inadvertido.

—¡Está usted herido!—gritó.

—No...—dijo él, disimulando la herida—. No, no es nada—añadió después comprendiendo que era inútil negar lo que ella había visto.

—Sí, está usted herido. Permítame, yo le curaré. Venga.

Dejó hacer. El hombre, aun cuando joven, hacía tiempo no gustaba de la caricia de unas manos de mujer. No dijo nada, en tanto que ella le curaba. Sólo pensaba todo lo que un hombre puede realizar si tiene la suerte de encontrar una mujer que le quiera.

—Es una herida de bala—dijo Dora—. ¿Cómo fué? ¿Qué ha hecho usted? ¿Por qué le han herido?

—No tiene importancia—dijo el hombre.

Habíala mirado con desconfianza. Era que veía en todo ser humano un posible enemigo...

La mujer comprendió. Le dolía, pero no se le escapaba que no tenía él motivos para confiar en ella. Y sintió vehementes deseos de que aquel hombre le confiase lo que le sucedía. Algo la aseguraba que no podía ser malo, quizá tampoco culpable.

—Ya se—murmuró—. Desconfía de mí. Teme que le delate. ¡Oh, no! No tengo miedo. No lo haría ni aun tratándose de un ladrón.

El hombre se puso en pie. La cura había terminado. En él no se había borrado aún aquella expresión desconfiada. Sin embargo, reconocía tenía que dar las gracias por el servicio que se le había prestado.

—Siento mucho que haya ocurrido todo esto—dijo expresándose con lentitud.—Pero ya me voy. Pueden llegar de un momento a otro y no quiero causarle más molestias.

Avanzó hacia la ventana, por donde viniera.

Pero apenas si se había asomado a ella, cuando retrocedió con viveza a la par que lanzaba una interjección.

—¿Qué pasa?—inquirió Dora, que había seguido sus movimientos.

—Al otro lado de la calle hay un policía... Por aquí no tengo salida. ¿Me permite usted que permanezca unos minutos más?

Casi no podía tenerse de pie. La pérdida de sangre y también el miedo le vencían.

—Siéntese—le invitó Dora, acercándose.

El se dejó caer, al tiempo que murmuraba:

—Estoy bien. No se moleste... Gracias por todo.

—¿No quiere usted decirme lo que le pasó?—inquirió de nuevo la joven, cada vez más interesada.

—No me creerá usted.

Había una amargura profunda en estas palabras del hombre. Se adivinaba que el desengaño había hecho presa en él. Dora comprendió que, como nunca, le hacía falta le animaran.

Y le tomó la mano, al tiempo que le reprochaba:

—¿Y por qué no?

¡Cómo se lo agradeció el joven!

Rompió a hablar deseoso de confiar a alguien la desventura que le había convertido en un fugitivo, precisamente cuando menos pensaba él en la seriedad de la vida.

Sin mirarla, explicó:

—¡Oh! Es la misma historia de siempre... Las malas compañías... Estaba solo, aburrido, en una ciudad extraña... No tenía ningún amigo, cuando conocí a unos muchachos que parecían ser buena gente.

Hizo una pausa.

—Me invitaron a jugar una partida de "poker" con un individuo al que nunca había visto antes...

—¿Y trataron de engañarle a usted? — preguntó Dora, al ver que él se detenía.

—A mí, no, al otro. Yo, sin darme cuenta, como un novato, les servía de cómplice. Estábamos jugando aquí mismo, en el hotel, cuando de pronto el hombre desconocido sorprendió a uno de mis amigos haciendo una trampa... Vino entonces la disputa, salieron a relucir las pistolas... Y el desconocido cayó muerto.

Se había ido animando, pero a su pesar. Calló de pronto, como si la sola evocación de la escena se le hiciese insoportable.

—Después sólo recuerdo una confusión—continuó—. Barullo, gritos... Y más tarde lo único que pude comprender fué que me encontraba solo en aquella habitación... Y que a mi lado estaba el cadáver de un hombre.

Dora no había dudado ni un momento de la veracidad del relato que le hacían. ¡Oh, no! Creía todo.

—¿Los otros huyeron?—preguntó condolida

al ver cómo se había visto mezclado aquel joven en aquel enredo.

—Sí... Entonces oí que daban golpes en la puerta de la estancia. Y en la calle sonaban los pitos de alarma de la policía. Como pude me deslicé por la escalera de incendios... y me metí aquí.

—Pero, ¿por qué huyó? Eso es lo peor que podía haber hecho.

El hombre se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo!—dijo—. Tuve miedo. Perdí la cabeza, pero yo nada he tenido que ver con ese crimen. ¡Se lo juro a usted!

Dora asintió en silencio. Sí, ella le creía, pero no tenía la misma seguridad de que esto sucediese en el caso de que el asunto fuera a parar a manos de cualquier tribunal.

Pero aquel muchacho—porque era casi tan joven como ella— le interesaba. Sentía que, a pesar de ser un desconocido, se hallaba dispuesta a ayudarlo.

—¿Cree usted que le vió alguien? — preguntó.

—Todo estaba a oscuras—explicó el fugitivo—. Esta herida es sólo debida a un disparo casual de los guardias.

—Entonces—dijo ella—, en cuanto pueda usted salir de aquí está usted salvado.

—Sí, es lo que debo hacer, marcharme...

Dora le aconsejó aún. Iba a ser mejor que se despidieran en la puerta, cual si fueran unos

amigos. Esto podría alejar cualquier sospecha.

—Es usted muy bondadosa conmigo — dijo el joven, mirándola con dulzura—. Me presta usted su ayuda... pero, ¿por qué lo hace?

Ella misma se sorprendió al oír estas palabras. Realmente no podía alegar motivo alguno más que una reciente simpatía. Y así lo dijo:

—No lo sé. Tal vez porque me parece que haría usted lo mismo por otra persona en un caso semejante.

El hombre agitó la cabeza en son de protesta.

—Yo no podría hacer por nadie lo que usted realiza en estos momentos por mí — aseguró convencido—. El solo hecho de haberla conocido significa ya tanto para mí...

Se interrumpió con brusquedad. No tenía él derecho a hablar de esta manera... Prometió:

—Si yo alguna vez puedo...

Ella le interrumpió. Con su voz sólida, supo influirle valor, hacerle tener la convicción de que iba a salir con bien de aquel enredo.

Pero la ilusión que por un momento a él le hicieran alimentar las palabras de la mujer, desvaneciéndose prestamente al abrir la puerta de la habitación y advertir la rígida realidad.

Cerró la puerta con presteza, al tiempo que ella le preguntaba, con un gesto, el motivo de su manera de obrar.

—En el corredor hay un hombre vigilando... —explicó él.

De nuevo la herida del brazo le recordó que había sido lastimado. Hubo de apoyarse y ella propuso:

—Será mejor que se acueste ahí y descanse. Venga...

Como antes, el fugitivo dejó hacer. Cuando se vió en la cama, sus palabras salieron de su garganta cálidas, sentidas:

—Hasta hoy yo no sabía que existiera en el mundo una mujer como usted...

Hizo una pausa. Cualquiera otra muchacha, en un caso como éste — al ver a un hombre en su habitación—hubiese gritado... Lo habría entregado a la policía. ¿Sabe que por hacer lo que está haciendo podría verse envuelta en un proceso?

Ella quedó silenciosa un momento. Luego, afirmó:

—Sí, ya pensé en eso.

El joven sintió que aumentaba aún más en él la admiración sentida.

—Entonces... — inquirió—. ¿No tiene usted miedo?

Había en sus últimas palabras una admiración profunda. Sin querer, comparaba la cobardía de él con la valentía de aquella mujer.

—No—le respondió ella—. Lo único que temo es que mi marido me encuentre.

Un hondo desencanto se reflejó en el rostro del fugitivo. ¡Era casada! El mismo se extrañó de las ilusiones que se había hecho. Pero era

cierto: pensaba que de amar algún día a una mujer tenía que ser como aquella Dora.

—¿Su marido?—repitió—. ¿Cree usted que pueda venir aquí?

Dora agitó la cabeza negativamente.

—Ignora dónde estoy.

El hombre la miró sorprendido. Luego le pareció que respiraba mejor por el solo hecho de descubrir que ella no era feliz. No hubiese sabido decir por qué, pero era innegable que aquello le placía.

Comprendió que aquella mujer tan admirable para él, era también una desgraciada. Y en un suspiro en el que se mezclaban el alivio y la rabia hacia las causas desconocidas de la infelicidad de ella, murmuró:

—¡Vamos, ya somos dos!

Ella asintió. Como él, le parecía haber hallado el alma gemela. Y se confió.

—Me casé con un hombre de mucha más edad que yo — manifestó lentamente—. Y fué una imposición de mi padre, quien, lleno de deudas, vió su salvación en el dinero y el prestigio social de mi marido.

El fugitivo sintió que ahora como nunca odiaba a los seres egoístas que lo sacrifican todo por su propio bienestar. Y un sentimiento indefinible hizo presa en su alma.

Dora continuaba:

—Me pidió, me suplicó que me casara con él. Aseguróme que si yo me negaba sería su perdi-

ción... A mi padre nada le importaba que yo no le amase...

Calló. Por unos momentos reinó el silencio que trajo recuerdos de lo que ya fué.

—Y...—prosiguió la mujer—, me conformé. Hice cuanto pude, bien lo sabe Dios. Pero aquel hombre me hacía la vida imposible: siempre celoso, siempre sospechando de mí. No podía hablar con ningún hombre sin que él no nos insultase a los dos. Me humillaba ante amigos y extraños. Y no pudiendo soportar por más tiempo semejante situación, me marché. Vine aquí.

El hombre había escuchado reflexivamente aquella amarga página de una vida. Se sentía de nuevo conquistado por la valentía de ella. Preguntó:

—Y ahora, ¿qué piensa usted hacer?

—¡Bah! ¿Quién lo sabe? — fué la respuesta de Dora, acompañada de un encogimiento de hombros—. Lo he probado todo: el teatro, la oficina... He buscado una ocupación por todas partes... Y en todos los sitios mis jefes me han... Claro que necesito encontrar trabajo, pero no a ese precio.

¡Ah, y cómo odiaba el hombre a aquella Humanidad perversa! Ella había hecho de la mujer que tenía a su lado y de él mismo, dos parias de la vida...

—Y en vista de mi fracaso — terminó la joven—, tendré que abandonar mi libertad y volver a él.

El fugitivo sintió que todo se rebelaba en su interior ante esta posibilidad.

—¿Con su esposo?—preguntó.

Ella asintió en silencio y con un gesto de ineludible conformidad.

El se irguió.

—Sería una lástima después de lo que ha hecho—dijo—. Tener que ver todas sus esperanzas, todos sus esfuerzos vencidos.

Dora le miró agradecida. Pensaba la diferencia que había entre aquel desconocido y el hombre que tenía un derecho sobre su vida. Y plasmó en palabras el pensamiento que tenía en su corazón:

—¿Vencidos? No... porque gracias a eso, me encontró usted aquí cuando le fué precisa mi ayuda. Y eso ya es algo...

El hombre se rebeló:

—Usted ha hecho por mí más que nadie...

Estaba emocionado como nunca. Sentía que iba a cometer una tontería, pero nada le parecía tan importante en el mundo como esa tontería.

Pero en aquel momento la noción del peligro volvió a él.

Alguien estaba golpeando con rudeza la puerta de la habitación.

El fugitivo miró aterrorizado hacia donde provenía el ruido. Y era que por unos momentos había creído desaparecido todo peligro.

—¡La policía!—balbució.

Pero repentinamente tornó en sí. Reaccionó.

Recordó que el egoísmo ya había hecho una vez desgraciada a aquella mujer que le había dado cobijo. Y prometióse que por lo menos él no sería causa de nuevos sinsabores para ella.

—Esto se acabó—dijo con decisión—. ¡Vamos, grite como si se tratara de un ladrón! Pida socorro.

Pero Dora le detuvo.

—No, espere—indicó—. Todavía es tiempo.

Y señalando el lecho, donde hasta poco estuviera, le ordenó:

—¡Echese ahí!

Y uniendo la acción con la palabra, le hizo caer en la cama.

El hombre estaba admirado.

—Pero—protestó—, ¿no ve usted que se va a comprometer?

Por toda respuesta ella le arropó.

—¡Abran la puerta!—gritó en aquel momento alguien desde el corredor.

—Un momento...—respondió la mujer, lanzando una ojeada final al conjunto que deseaba preparar para salvar a aquel desconocido.

—¡Abran la puerta!—repitió con tono más perentorio la misma voz.

Y Dora hizo su advertencia final antes de correr el pestillo:

—¡Pase lo que pase, no diga usted nada!

El hombre inició una protesta, pero ya la puerta había sido abierta.

Entró un desconocido que apartó groseramen-

te a la mujer que le había abierto. El fugitivo tuvo la certidumbre de que se trataba de un detective. Ni aun del sombrero se había desprovisto.

—¿Cómo se atreve usted a molestarnos a estas horas de la noche?—le intrpeló Dora con viveza—. ¿Quién es usted?

El otro la miró de pies a cabeza antes de responder. Luego, su mirada recorrió toda la estancia y se detuvo con evidente satisfacción en el postrado hombre que había en la cama.

—¿Quién es ése?—preguntó a su vez.

La respuesta de Dora fué atrevida, sin vacilaciones.

—Mi marido, por supuesto.

Aquello era más que lo que él fugitivo había de tolerar. Se enderezó del lecho para protestar:

—¡Un momento!—dijo.

Pero la mujer se le acercó solícita y le hizo descansar nuevamente en la cama. Había tal súplica en los bellos ojos de ella, que el fugitivo accedió. Se dijo que se despreciaba, pero que no podía dejar de obedecer la mirada de ella.

—¿Qué le pasa?—preguntó el detective.

—Son los nervios—urdió Dora—. Estoy esperando la llegada del doctor. Perdóneme, pero le agradecería que se marchase. Está usted poniendo más nervioso a mi marido.

El policía se pasó los dedos por la nariz.

Se comprendía claramente que no se tragaba el anzuelo.

—Su marido, ¿eh?—dijo con rudeza—. Pues usted se registró en el hotel bajo el nombre de señorita Dora Alvarez.

—Sí—convino ella—. Ese es mi nombre de teatro.

El detective sonrió.

—¿Y cuál es, entonces, su verdadero nombre?—dijo.

—Soy la señora de don Alberto Martín. Si lo duda aquí tiene mi libreta del banco. En él tengo fondos a mi nombre.

El policía tomó el documento que le alargaban. Parecía estar completamente convencido de hallar precisamente el nombre que le decían.

Esto lo adivinaba el fugitivo. Hacía ya un rato que comenzaba a darse cuenta de que no era a él quien buscaba el policía... Y cada vez más adquiría el presentimiento de que estaban tendiendo un lazo a su bienhechora.

Cuando vió que ella alargaba la libreta al policía tuvo un gesto de protesta, pero Dora le detuvo. Y comprendió que ya era tarde para hacer nada.

—Señora Elisa Blancó de Martín—leyó el detective.

Y rió.

El fugitivo apenas si podía contener sus ansias de echarse sobre aquel maldito intruso... Era una risa de triunfo la suya...

—¿Y ese es el señor Martín?—preguntó el policía.

Elisa no vaciló. No comprendía qué motivaban aquellas dudas persistentes de su interlocutor, pero sí sabía que se hallaba completamente dispuesta a salvar al desgraciado joven.

—Por supuesto—respondió a la pregunta—. ¿O se imagina usted que pudiera yo pasar la noche en un hotel con otro que no fuese mi marido?

Pero esta vez no fué el detective quien contestó.

El fugitivo vió avanzar por la puerta, que había quedado entreabierta, a un hombre de edad ya madura y que tenía reflejada en su rostro la maligna expresión de quien ha conseguido por fin confirmar lo que de tiempo sospechaba.

—¡Acertó usted, señora!—dijo el recién llegado—. Eso es justamente lo que yo me imagino.

Y el joven vió como Elisa quedaba petrificada, como aquel grosero detective resplandecía de satisfacción... Y aun antes de que éste hablara comprendió la verdad, la terrible verdad.

—¿Necesita usted más pruebas, señor Martín?—preguntó el policía.

—No, me basta—dijo el aludido.

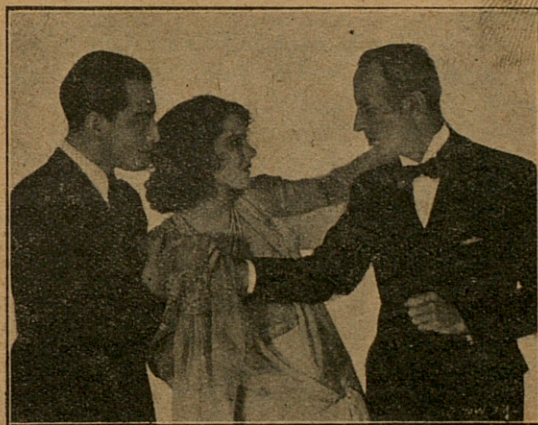
Aquello hizo volver la palabra a la estupefacta Elisa.

—¡Alberto!—gritó—. Yo te explicaré...

Martín la interrumpió con un gesto.

—No te canses—dijo—. Ya tengo lo que vine a buscar... La evidencia para nuestro divorcio.

El fugitivo no tenía ganas de intervenir. Le



—*Ya tengo lo que vine a buscar.*

asqueaba aquel hombre cobarde que se había valido de las sombras para poder encontrar en falta a una mujer de siempre martirizada por él.

—Pero escúchame—gimió ella—. Escúchame y lo comprenderás todo... Yo...

Martín agitó la cabeza con escepticismo.

—Lo único que comprendo—manifestó—, es que eres una mala mujer...

El joven saltó del lecho al oír estas palabras:

—¡Mentira!—rugió—. Lo que es ella es una mujer demasiado decente para un hombre como usted...

Alberto Martín miró de pies a cabeza a quien le apostrofaba. Sonrió despreciativamente, al tiempo que el detective recomendaba:

—¡Calma! Tengan calma...

Pero el fugitivo, por piedad a ella estaba decidido a hablar.

Apartó de un manotón al policía y se encaró con Martín.

—Si yo estoy aquí es porque...

Pero en aquel instante alguien golpeó la abierta puerta de la habitación.

—¡Adelante!—ordenó el detective.

Y ante los ojos asustados del que hablaba aparecieron dos policías de uniforme. Uno de ellos saludó al detective con un gesto y explicó:

—Abajo han matado a un hombre. Y el criminal se encuentra todavía en el hotel...

El fugitivo hizo un gesto, pero la mano de ella le contuvo.

El detective ya hablaba:

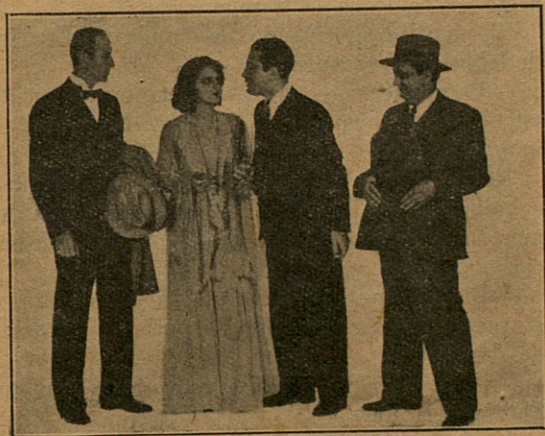
—Aquí no hay ningún criminal. Esto es un pequeño asunto de familia. Lo de todos los días.

El guardia asintió. Su mirada se posó, sin

embargo, con natural desconfianza en todos los reunidos.

—¿Conoces a esta gente?—preguntó.

—Por supuesto—dijo con tono de suficiencia el detective—. El señor Martín es mi cliente...



—Si yo estoy aquí es porque...

Ella, su mujer... Y el sujeto, el amiguito...

Una media sonrisa apareció en el rostro del guardia.

Sin embargo, le parecía que el fugitivo era parecido en algo a aquel amiguito.

Se encaró de nuevo con el orondo detective particular.

—¿Le conocías ya de antes?—preguntó, señalando al joven.

—¿Que si le conocía?—respondió con fatuidad el detective y riendo—. Como que gracias a eso ha caído en la trampa...

El guardia se encogió de hombros. Era indudable que se confundía.

—Compañero — decía entretanto el agente particular—, cuando yo le echo la visual a uno...

Ahora sí que el guardia se marchó. Conocía sobradamente al fachendoso detective para temer sus discursos acerca de su propia suficiencia.

—Bien, bien—dijo con precipitación—. Pero si ves por ahí algún tipo sospechoso no dejes de dar parte.

—¡Déjame a mí! Para estos casos, soy un Sherlock Holmes.

Y el fugitivo, con gran sorpresa, vió como aquel peligro que parecía inminente desaparecía de una manera casi definitiva.

—Bueno—dijo el detective. ¿Qué hacemos?

Martín quiso tener una frase irónica:

—¡Vámonos! Estamos desvelando a la pareja.

—Espera—rogó su esposa—. Dile a ese caballero que nos deje y escúchame un momento. ¡Por favor!

El detective habló antes de que Martín tuviese tiempo de abrir la boca.

—No, no me voy. Acabaría por convencerle a usted con sus zalamerías. Conozco bien a esta clase de mujeres.

—¿Qué es lo que dice?—amenazó el fugitivo—. Cállese si no quiere que...

—¡Aguarde!—le rogó la mujer, posando su manita en su brazo.

Martín no observó sin envidia celosa aquella demostración de ternura.

—¿De modo que es usted el galán que se la llevó?—dijo con voz ronca.

—¡Esto no es verdad!—protestó ella—. Yo no me fuí con nadie. Me marché de tu lado porque no podía soportar por más tiempo tus celos estúpidos, tu manera injusta y cruel de tratarme... Y porque no te quería...

Aquellas palabras parecieron producir alguna mella en Martín. Todo lo hubiera supuesto menos que no era amado por su mujer...

El detective se dió cuenta de lo que pasaba a su cliente.

—Todas dicen lo mismo—gruñó—. ¡Vámonos, señor Martín!

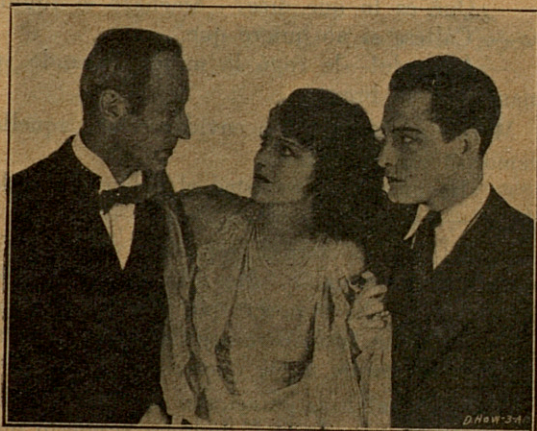
Pero el fugitivo cogió bruscamente al detective, haciéndole dar media vuelta.

—¡No!—afirmó rotundo—. ¡Usted no se marcha!

Y encarándose con el marido, manifestó:

—¡Voy a decirle a usted la verdad, toda la verdad!

—¡Quíteme usted esa mano de encima!—dijo el detective con un gesto que consideró de olímpico desprecio.



—*Me marché de tu lado porque no podía soportar por más tiempo tus estúpidos celos...*

Pero el joven ni le hacía caso. Toda su atención estaba concentrada en el marido de la mujer buena que le había acogido.

—¡Oigame, señor Martín!—explicó—. Le juro a usted que en mi vida he visto a su señora hasta esta noche.

—¡Magnífico!—saltó el detective—. Ahora la podremos acusar de multibígama.

—¡Usted no se meta en esto!—bramó como una fiera el joven haciendo retroceder al policía.

Pero entonces Elisa le detuvo.

—¡Oh, es inútil! ¡Es inútil!—gritó—. ¿Para qué insistir?

Y encarándose con su marido, manifestó:

—Pues bien, ya que así lo quieres vas a saber *tu* verdad: ¡Sí, estás en lo cierto! Este hombre es mi amante. Y vine a Nueva York para encontrarme con él.

Todos se quedaron silenciosos. El marido más que nadie.

—Bueno—dijo, cuando la sorpresa le permitió hablar—. Eso es todo lo que deseaba saber. ¡Vámonos!

Y seguido de su satélite, abandonó la habitación, donde la pobre mujer, ya sin fuerzas buscaba apoyo en una mesa.

Hubo una larga pausa. El joven miraba aquella mujer valiente que no vacilaba en arrosar las iras de la sociedad... Y en medio de todo, se sentía arrepentido, pues veía que él era la causa de que se iban a valer los enemigos de ella para destrozarla.

—Bueno—dijo—. Ya la he molestado bastante...

No sabía cómo continuar. Era mucho lo que le quería decir, pero no se atrevía.

—Y no sabe lo agradecido que le estoy— continuó—. Su bondad y su simpatía han desper-



—¡Sí, estás en lo cierto! Este hombre es mi amante.

tado en mí un nuevo sentimiento de la vida que yo no conocía...

Ella no respondió. Le tendió la mano.

El la tomó ávidamente. Y en su contacto halló las fuerzas para preguntar:

—¿Por qué hizo ésto? Yo no merecía tal sacrificio...

Elisa le miró con dulzura.

—Usted quiso sacrificar más, mucho más, por mí—respondió con dulzura—. Su libertad, su vida...

El hombre estaba conmovido. Y sus palabras salieron torpes, atropelladas, casi descubriendo el nuevo sentimiento que había nacido en su alma...

—¡Oh, es usted la mujer más buena y más digna que he conocido! ¡Ojalá la hubiese encontrado antes! Pero... quizá no sea aún demasiado tarde para comenzar de nuevo...

Se interrumpió con brusquedad.

Y con el mismo tono rudo de cuando la sorprendiera, terminó:

—¡Adiós! Y que Dios se lo pague...

—¡Adiós!—musitó ella.

Ya estaba el hombre junto a la puerta. Se iba con sentimiento, sabedor de que pasaba la felicidad por su lado y no la tomaba.

Entonces ella habló:

—Pero, ¿no quiere decirme a dónde va?

El se volvió esperanzado. ¿Iba a ser posible que continuara viéndola?

Y Elisa terminó:

—Yo también he de comenzar de nuevo...

Esto sí que le pareció al hombre la gloria en la tierra. Con lentitud, como temeroso de despertar del sueño en que se creía sumido, se



—¿Quiere usted decir... que usted y yo...?

acercó a donde la mujer se encontraba. Su mano, temblorosa por el atrevimiento, avanzó hasta la de Elisa.

Y su voz ronca por los más encontrados sentimientos, logró articular:

—¿Quiere usted decir... que usted y yo... que los dos juntos podríamos comenzar una nueva vida?

Y sin palabras, en la luz de los ojos de ella, el hombre fugitivo vió que aquella media noche marcaba el primer paso de su nueva ruta...

F I N

Próximo número:

Marea alta

por Milton Sills y Jane Keith

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Esta semana, en las

**EDICIONES ESPECIALES DE
La Novela Semanal Cinematográfica**

La interesantísima novela

Sevilla de mis amores

por

Ramón Novarro y Conchita Moutenegro

Formidable asunto hablado y cantado en español.

Bellas canciones por RAMÓN NOVARRO

Letra de las mismas

Precio de la novela completa: 1 peseta

En breve:

A petición de numerosos lectores:

BEN-HUR

(VIII ediciones)

por **Ramón Novarro**

Magnífica presentación

Precio excepcional: 1 peseta

Esta semana:

**Biografía de
Ramón Novarro**

Anécdotas · Canciones · Revelaciones

Numerosas fotografías en el texto

Postal - regalo

Precio: 50 céntimos

y **Colección de 6 postales de**

Juan Torena

el artista favorito de la FOX, con la hellfísima

LYA TORA

Vea esta colección y no dejará de adquirirla.

Precio: 30 céntimos



Las mejores novelas de cine las publica

Ediciones BISTAGNE

Recuerde y pida siempre estos títulos:

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece los martes

Precio: 30 cts.

La Novela Semanal Cinema- tográfica moderna

Aparece los miércoles

Precio: 25 cts.

Los grandes Films Mudos y Sonoros

Aparece los jueves

Precio: 50 cts.

La Novela Semanal Cinema- tográfica extraordinaria

Aparece el último sábado de cada mes

Precio: 50 cts.

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

Precio: 1 peseta



Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
